

tuado en la orilla, enfrente á las posiciones mejicanas. Por espacio de media hora, los norte-americanos permanecieron sin intentar nada, irresolutos acaso de lo que debían hacer; pero pasado aquel tiempo, colocaron su cañon en punto conveniente, y empezaron á disparar con él una lluvia de metralla sobre la línea de los que se oponían á su paso. Los disparos de metralla, fueron contestados con denuedo por los mejicanos, impidiendo que los invasores avanzaran un paso. Al ver la decision con que era defendido el paso del rio, los norte americanos variaron la direccion de la pieza de artillería, y continuaron haciendo un fuego mas activo y certero. En aquellos momentos en que mas confiados estaban de su éxito, se vieron acometidos de improviso por la guerrilla emboscada, que, arrojándose sobre el convoy de mulas, lo dispersó, introduciendo el desórden y la confusion entre los invasores, que emprendieron la retirada, dejando muertos sobre el campo al capitán que mandó la guerrilla de vanguardia, á un sargento, á nueve soldados, heridos un teniente y cuatro soldados, y prisioneros quince de esta clase. Al verles en retirada, los paisanos de las cercanías, que pertenecian á los cuerpos de voluntarios, cayeron sobre ellos, quitándoles veinte caballos ensillados y enfrenados, setenta mulas cargadas de víveres, algunas armas y no pocas municiones.

Por espacio de diez leguas fué perseguida la fuerza norte-americana, que llegó á Tampico notablemente disminuida y maltratada. De este hecho de armas, aunque verificado entre escasas fuerzas de una y otra parte, surge esta reflexion importante. La union del pueblo y la

buena direccion del general D. Francisco Garay, dieron en la accion del Calabozo á inferiores fuerzas mejicanas, el triunfo sobre sus contrarios. La desunion de los partidos políticos y la falta de pericia de los generales que llevaron al combate numerosos batallones, esterilizaron el valor y la constancia de estos, proporcionando el triunfo á los que nunca debieron alcanzarlo. Dado á conocer el sentimiento patriótico que animaba á los habitantes de Huejutla, volvamos la vista á la capital de la república, amenazada por el ejército del general Scott que se disponia á marchar sobre ella para ocuparla por capitulacion ó á viva fuerza.

1847. En Méjico se esperaba que de un momento á otro se pusieran en marcha los norte-americanos sobre la capital dejando una guarnicion en Puebla; y á fin de oponerles en la plaza una resistencia vigorosa, se trabajaba sin descanso en levantar fortificaciones, construir cañones, reponer una gran parte del armamento, y en reunir todas las fuerzas de los pueblos próximos á la capital. A la division del Norte, de la cual se le habia dado el mando al general D. Gabriel Valencia, se le ordenó que concurriese tambien á la defensa de la capital, y pronto en esta se reunieron veinte mil hombres de todas armas, dispuestos al combate. El 28 de Junio publicó un bando el gobernador del distrito federal de Méjico, general D. José Ignacio Gutierrez, en el cual el presidente interino Santa-Anna, despues de manifestar que el ejército invasor estaba próximo á hacer su movimiento sobre la capital de la república y que, por lo mismo, habia llegado el momento de obrar enérgica y uniformemente para



contrarestarle de una manera decisiva y feliz para las armas mejicanas, concluía, en uso de las facultades extraordinarias con que se hallaba investido, con un artículo en que decía que, «estando declarada, con fecha 1.º de Mayo último, en estado de sitio la ciudad federal, se prevenía que este era riguroso, y, en consecuencia, cesaría en la misma ciudad federal toda otra autoridad que no fuese la del general en jefe del ejército de Oriente, observándose las providencias dictadas en semejantes casos.» Al siguiente día, con el fin de que la ciudad se encontrase provista de todo lo necesario para un largo sitio, dió un decreto el gobierno, manifestando que quedaban libres de todo derecho los víveres y todos los demás artículos de primera necesidad que se introdujesen desde el siguiente día.

Scott, entre tanto, se disponía á emprender su marcha sobre la capital, y el ejército invasor hacia todos los preparativos necesarios. Comprendiendo algunos criminales que se hallaban presos en la cárcel de Puebla, que Scott apreciaria tener guías que condujesen á las tropas de los Estados-Unidos por los caminos mas á propósito, concibieron la criminal idea de adquirir su libertad á costa de una traicion á la patria. Adoptado el pérfido pensamiento, aquellos presidiarios y presos con causas pendientes, hombres todos, como he dicho, manchados con terribles crímenes, hicieron una representacion á Scott, pidiendo la libertad y ofreciéndole dirigir al ejército invasor en los caminos para la capital y perseguir las guerrillas. Scott, mandó á la cárcel por los libros de entradas, y admitiendo la inicua proposicion, que nunca debió admitir, puso en li-

bertad á veintidos individuos que eran los solicitantes, y formó con ellos una contra-guerrilla, que iba al frente de las tropas norte-americanas. Este hecho indignó á todos los mejicanos. La vista de aquellos malvados al servicio de los enemigos de la patria, les horrorizaba; y la conducta de Scott fué justamente criticada. Por honra de Méjico, el ejemplo de aquellos veintidos, no fué seguido ni aun por los demás presos á quienes se ofreció la libertad con iguales condiciones. Todos prefirieron seguir en sus prisiones á tomar las armas contra la patria, y esta conducta observada por hombres que habian crecido en los vicios y el delito, prueba que aun en esos desgraciados el sentimiento patrio existia puro y vivo.

1847. Mientras esto pasaba en Puebla, una parte de las tropas mejicanas que desde la batalla de la Angostura se habian quedado en San Luis Potosí, se disponia, á las órdenes del general Valencia, á dirigirse á Méjico, como le habia mandado el gobierno. El número de aquellas tropas ascendia á cuatro mil hombres, las cuales emprendieron su marcha hácia la capital los días 9, 10 y 11 de Julio. La division de vanguardia, compuesta de los regimientos de infantería Fijo de Méjico y Activo de San Luis, y de la caballería 7.º y San Luis Potosí, iba mandada por el general Mejía. La segunda division iba á las órdenes del general Parrodi, y se componia del 10.º y el 12.º de infantería, Guarda-Costa de Tampico, Querétaro, Celaya, Guanajuato, y auxiliares de Celaya. La division de reserva, mandada por el general Salas, estaba formada del regimiento de Ingenieros, batallon Mixto de Santa-Anna, Activo de Aguascalientes, y de los regimientos de caballe-



ría 2.°, 3.° y 8.° de Guanajuato y siete piezas de artillería ligera. Esta fuerza llegó á la villa de Guadalupe, distante una legua de Méjico, el 26 del mismo mes; esto es, despues de haber andado, en catorce dias, ciento catorce leguas por malísimos caminos, y escasa siempre de recursos. Al siguiente dia, el general D. Gabriel Valencia, que era el general en jefe de las tropas que acababan de llegar de San Luis Potosí, pasó, acompañado de sus ayudantes de campo, al palacio nacional de Méjico, donde fué recibido por Santa-Anna. Despues de una larga entrevista en que se habló de lo mas conveniente con respecto á la campaña, se dispuso que el ejército del Norte formase su cuartel general en la expresada villa de Guadalupe, que se fortificase Zacualco, sitio próximo á ella, y el cerro de Guerrero. En estos preparativos y en varios reconocimientos hechos por los terrenos del camino de Piedrasnegras, por donde se temia que los invasores se dirigiesen á la capital, llegó el dia 8 de Agosto en que Santa-Anna debia pasar revista á las tropas de Valencia. Este, acompañado de su estado mayor, se dirigió á la calzada de Peralvillo, para recibir al primer jefe de la nacion; en seguida se encaminaron á la villa de Guadalupe, y despues de oír una solemne misa celebrada en la Colegiata, recorrieron ambos generales la línea en que esperaba formada la tropa. Las bandas de música y las salvas de artillería saludaron á Santa-Anna, quien al verse delante de los mismos soldados que tan bizarramente se habian portado en la Angostura, les dirigió la palabra diciéndoles, «que era grande la complacencia que sentia en su pecho al ver otra vez á los valientes de la Angos-

tura: que tenaces los enemigos en sostener la mas vil de todas las agresiones, amenazaban á la bella capital de la república, y volvian á unirse para defenderla, para salvarla, y para terminar con gloria aquella contienda.» «Advierto en vuestros semblantes,» añadia, «el mismo noble orgullo con que os presentasteis en aquella memorable jornada; y noto tambien que conservais la severa disciplina que habeis adquirido en vuestra larga escuela de la frontera del Norte, donde vuestras proezas y vuestros nombres jamás podrán olvidarse.» Santa-Anna concluyó su alocucion diciendo: «¡Soldados! Aquí, como allá, escarmentareis al atrevido invasor, y si los decretos de la Providencia nos fueran al fin propicios, completaremos un triunfo que dará vida á la patria, que la mantendrá en el alto rango que merece, y será la admiracion del mundo. El dia del gran combate se acerca: os conducirán á la refriega y á la victoria el digno y bizarro general Valencia y los mismos valientes jefes que en el Norte os mostraron el camino del honor entre riesgos y fatigas. En cambio de vuestros sacrificios, os espera un nombre que no morirá, los aplausos y bendiciones de vuestros compatriotas, y la gratitud eterna de vuestro antiguo general.» Al acabar de pronunciar estas palabras, el ejército prorumpió en vivas al general Santa-Anna, así como á Valencia, y el entusiasmo brilló en todos los semblantes. Santa-Anna regresó poco despues á la capital para ocuparse de los preparativos de defensa.

Al siguiente dia, al tener noticia de que los norteamericanos hacian su movimiento sobre la capital, Valencia, llamado por Santa-Anna, tuvo una conferencia con éste,



en que se resolvió que el ejército del Norte se situase en Texcoco, ciudad que se levanta al N. E. de Méjico, para amagar el flanco derecho y retaguardia de los invasores, en caso que estos atacasen el Peñon, que era un punto fortificado que se halla á tres y media leguas de Méjico y que defendia la entrada de la plaza. El Peñon era uno de los puntos mejor fortificados que contaba Méjico, y cuyas obras de fortificacion habian sido dirigidas por el inteligente coronel de ingenieros D. Manuel Robles, que se distinguió por su valor y saber en la plaza de Veracruz y en la batalla de Cerro-Gordo. Era el sitio que los invasores tenian que encontrar en el camino recto de Puebla á Méjico, y donde, si lo atacaban, debian encontrar una terrible oposicion en esa parte que defendia el lado del Oriente. En el rumbo del Sur se descubrian las fortificaciones de Mejicalcingo, San Antonio, Puente de Churubusco y convento del mismo nombre, algunas no concluidas aun, y las que lo estaban, no tan poderosas como el Peñon. Al Sudoeste se destacaba la fortaleza de Chapultepec, coronando el venerando bosque del mismo nombre, y cuya artillería, á la vez que alcanzaba el camino que se extiende por el Oeste á la puerta de la ciudad, por el rumbo de San Cosme, defendia la entrada por la puerta de Santo Tomás. Aunque por el Norte no se habian construido obras avanzadas, se habian levantado fortificaciones en las puertas, llamadas *garitas*, de Nonoalco, Vallejo y Peralvillo. Las fuerzas con que Santa-Anna contaba para combatir al general Scott que avanzaba sobre la capital, eran respetables. Fuera de la ciudad se encontraba el ejército del Norte á las órdenes del general Valencia y

una division de caballería mandada por el general Alvarez. Además de estas fuerzas, contaba Méjico con otras de importancia dentro de la ciudad y en sus cercanías, 1847. distribuidas de la manera siguiente. El batallon 1.º activo de Méjico, el de Lagos y el 2.º ligero de infantería componian la brigada mandada por el general Terrés; la del general Martinez la formaban el activo de Puebla y el cuerpo de Inválidos: la Compañía de San Patricio, hecha de irlandeses desertados del ejército invasor, Granaderos de la Guardia, San Blas, Mixto de Santa-Anna y nacionales de Morelia, constituian la brigada del general Rangel: el 1.º, 3.º y 4.º ligeros y el 11.º de línea, formaba la del general Perez: el batallon activo de Oajaca, 10.º de infantería, activo de Querétaro, nacionales del mismo nombre y Mina, la del general Leon: los batallones de nacionales Victoria, Independencia, Hidalgo y Bravos, formaban la brigada mandada por el general Anaya: el coronel Zerecero estaba al frente de la brigada formada del batallon de Acapulco, de varios piquetes de Aldama, Matamoros y Galiana, y de una parte de los batallones de la Libertad y de Tlapa. En San Angel y en Coyoacan se encontraban otros cuerpos del Estado del Sur, á las órdenes del general Andrade, y despues á las superiores del general Bravo, que mandaba toda la línea. Eran jefes de la artillería, el director de esta, general Don Martin Carrera; el coronel Partearroyo que se encontraba de comandante general de la expresada arma en el ejército; el coronel Aguado que tenia á sus órdenes un batallon de artillería de á pié; y el coronel Iglesias que mandaba la artillería de á caballo. El número total de cañones



de todos calibres era de ciento cuatro. El director de ingenieros fué el general Mora y Villamil, y los jefes principales del cuerpo que dirigieron las obras de fortificación, fueron los dos hermanos Robles, los generales D. Miguel Blanco, Liceaga y Monterde, y el teniente coronel Cano. El entusiasmo de la ciudad era extraordinario. Todos esperaban con ansia el instante de batirse. Un cañonazo, que era la señal convenida de antemano, para anunciar la proximidad del ejército invasor, se escuchó á las dos de la tarde del 9 de Agosto. Al oír su estampido, un grito de júbilo resonó en todas partes; las cornetas y tambores recorrieron las calles tocando generala; las músicas de

1847. los cuerpos se dirigieron á sus cuarteles dejando escuchar el animador aire de diana, y los soldados y los voluntarios corrian á formar, prontos á marchar al punto que se les indicase. Al siguiente día 10, los batallones de la guardia nacional, *Victoria*, compuesto de comerciantes y de lo mas selecto de la sociedad; *Hidalgo*, donde se veía á los empleados del gobierno, jóvenes de fina educación y hombres de verdadero mérito; *Independencia* y *Bravos* en que se hallaban honrados artesanos, escritores distinguidos, abogados y médicos notables, se encontraban formados y dispuestos para marchar al Peñon que fué el sitio designado para ellos. Antes de partir, el general Anaya que mandaba aquella brillante brigada, recorrió al frente de ella las calles céntricas y principales de la ciudad, llenas de un pueblo inmenso que la victoreaba, y saludada por las damas principales que agitaban sus pañuelos desde los balcones y las azoteas. La guardia nacional, entusiasmada por aquellas

vivas demostraciones de simpatía y de aprecio, marchaba contenta al compás de una selecta banda de música que daba al viento la animadora sonata de la *polka*, que habia llegado á ser como la marcha predilecta de aquella escogida juventud. Eran las cinco de la tarde cuando los batallones de la guardia nacional salieron de la ciudad entre los vivas del inmenso pueblo que fué á acompañarles hasta las puertas. Desde algunos dias antes se encontraba ya situada en el Peñon, la brigada del general Leon, compuesta tambien, en su mayor parte, de cuerpos de nacionales de distintos Estados. El Peñon se convirtió desde aquel dia en un paseo concurrido á donde acudían las señoras mas aristocráticas y distinguidas en sus lujosos carruajes, para ver y hablar con sus hijos, hermanos, esposos, ó personas de su singular aprecio, que pertenecian á la guardia nacional. El camino de Méjico al Peñon era un incesante cordon de gente que marchaba á pié, á caballo y en coche, como si se dirigiese á una alegre romería.

1847. El cerro del Peñon tiene, en su parte superior, tres eminencias poco distantes, la superior de las cuales, que mira al Norte, se denomina *Tepeapulco*; la otra que haciendo una ligera ondulacion deja una quiebra suavemente plana, se llama *Morelos*; y la tercera que se descubre al Sur, es el picacho denominado *Moctezuma*. En la cima del expresado cerro, se situó el batallon *Victoria* al siguiente dia de haber llegado al Peñon. El dia 12, á eso de la una de la tarde, se notó una espesa polvareda por el rumbo en que se esperaba á los invasores. El toque de *enemigo al frente* se escuchó en el instante; y



todas las cornetas repitieron aquel toque alarmante que fué recibido en el campamento con voces de júbilo. Sin embargo, pronto se desvaneció éste. La polvareda habia sido producida por una partida que se contentó con quedarse á regular distancia como en observacion del campo. Por la tarde, algunos ingenieros norte-americanos, acompañados de una corta fuerza, se ocuparon en reconocer algunos puntos y la profundidad de las lagunas que se hallan al frente del Peñon. Al verlos, varios voluntarios del batallon Victoria, henchidos de entusiasmo, se dirigieron á la tienda de campaña de su coronel, que era el conde de la Cortina, pidiendo que les permitiese salir al sitio en que se hallaban los contrarios; pero el conde de la Cortina les hizo ver que no podia acceder á sus deseos, porque el general que mandaba el punto habia dado orden de permanecer cada uno en su puesto. El dia 15, que fué domingo, el Peñon fué el sitio que la poblacion de Méjico eligió para paseo. Desde muy temprano un gran número de gente del pueblo, así como de familias distinguidas, se dirigió al alegre campamento de la guardia nacional, con el objeto de asistir á la misa que debia celebrarse para los batallones que guarnecian aquel punto. El altar en que se celebró el augusto sacrificio, estaba levantado en la loma de *Morelos*, sobre la cumbre del cerro del Peñon. El acto era sublime y conmovedor. Todos aquellos valientes soldados se hallaban con un recogimiento profundo: al elevar el sacerdote la sagrada hostia, las músicas de todos los regimientos tocaron una pieza conmovedora, y los soldados, hincando una rodilla en tierra, rindieron armas ante el Autor del universo. La te-

chumbre de aquel vasto templo, en donde estaban reunidos millares de guerreros, era el límpido pabellon del cielo; las elevadas paredes que sustentaban la celeste bóveda, los lejanos y diáfanos horizontes; la brillante lámpara de inestinguible luz que vertia á raudales su vivificante llama, el esplendente sol, siempre purísimo que se ostenta en el claro cielo del Anáhuac; y el suavísimo incienso que elevaba sin cesar desde la tierra á la mansion del Señor, el dulcísimo perfume de las fragantes flores del delicioso valle de Méjico que abrian apacibles sus delicados cálices para ofrecer su virginal esencia al que es todo Amor y Bondad.

1847. Los norte-americanos que comprendieron sin duda el entusiasmo que reinaba en el Peñon, y que calcularon lo fuerte de aquella posicion, resolvieron cambiar de rumbo, sin intentar ataque ninguno por aquel sitio. La guardia nacional, al ver que se alejaba el enemigo y que tomaba el rumbo del Sud-Oeste, quedó triste y pesarosa. Santa-Anna, viendo que no era ya necesaria toda aquella fuerza en el Peñon, puesto que los norte-americanos se dirigian á otro punto, dió orden, en la noche del 17, para que la brigada del general Anaya volviese á Méjico en la mañana siguiente. Victoria, Hidalgo, Independencia, Bravos y otros cuerpos de nacionales á quienes se habia dado aquella orden, salieron del Peñon, quedando guarneciendo este punto la brigada del general Leon, y llegaron á Méjico en la mañana del 18. Al hacer alto en la Plaza de Armas, enfrente del palacio, toda la poblacion se acercó á ver á los valientes nacionales, y sus familias á abrazarles y á preguntarles á qué punto se di-